

Cavilaciones de un judío con motivo del atraso horario

Bien arrellanado en su sillón antediluviano, le encontramos en su telarañosa oficina frente al pupitrejo, atuendado con un raído levitón al estilo del Tío Sam, su birrete colorado pendiendo la borlita y su brillante estrella Salomónica. Rematado su físico con la perita de chivo, cavila y medita como vulgar usurero el bueno de Karl Leví, sobre las posibles y probables variaciones y trastornos que puede producir el implantar de súbito nuevamente la hora solar. Es decir, que se trata nada menos de retrasar en la vida y actividades cotidianas la hora que tanto tiempo llevamos adelantada.

Después de haberse hecho ley por la fuerza de la costumbre, si mal no se piensa, algo práctico va a ocurrir.

El buen hombre pensaba, y no sin cierta razón, que al retrasar la hora, automáticamente tienen que cambiarse y alterarse muchas cosas y trastornarse también hasta las costumbres. Al atrasar la hora, el pueblo insensiblemente se verá obligado a vivir más deprisa con el propósito de no llegar a su destino con una hora de retraso. El pobrecito sol no tendrá más remedio que salir a su hora y todo el mundo contento pues. Atrasada la hora, pensaba convencido, nos beneficiamos durmiendo una hora más, que se lo ganará el cuerpo y por lo tanto estaremos en mejores condiciones de discernir con facilidad, por estar descansada la sustancia gris, en beneficio de nuestros negocios al desenvolverse con más acierto. Pero no es menos cierto a mi parecer, que teniendo el día 24 horas, le retrasamos una y quedará en 23 con lo que podremos descansar algo más tranquilos ya que los rateros trabajarán una hora menos. Por otra parte, me presumo que trastornará grandemente nuestras costumbres, pues en mi caso concreto, por estar habituado a merendar todas las tardes a las siete, que son las seis, merendaré a las ocho que serán las nueve.

Abatido de tanto cavilar, parsimoniosamente apoya los codos en el tablero y los puños en las sienes sentenciando filosófico: Como no hay mal que por bien no venga, al merendar a la hora de cenar... ¡Eureka! ¡Pues!... ceno y me ahorro la merienda.

C. LIMIÑANA.

RUZA CINE - TELEVISION - RADIO - ELECTRICIDAD

FOTOGRAFIA - ACCESORIOS

CAMARAS NACIONALES Y EXTRANJERAS

Generalísimo, 22 - Teléfono 1556